

La Palma en vacaciones me hace sentir como en casa

Había una vez un niño llamado Andrés que vivía en Madrid.

Un día Andrés estaba viendo las noticias con sus padres y su hermana, el presentador hablaba de una isla llamada La Palma y se veían imágenes de unos hermosos paisajes y comentaba que allí se respiraba un aire puro de tranquilidad incomparable... Andrés deseaba bañarse en esas aguas...

* Al día siguiente, Andrés no podía sacarse de la cabeza esas increíbles imágenes que había visto de la isla. Al llegar a casa propuso a su familia organizar las vacaciones en la isla de La Palma, todos aceptaron encantados.

Llegó el esperado día y toda la familia se puso rumbo a la palma. Después de unas horas de avión, llegaron. Lo primero que les llamó la atención era el aeropuerto que parecía estar flotando sobre ese fantástico mar, alucinaron con el mar de nubes.

Andrés y su familia venían un poco preocupados porque sabían que los palmeros y palmeras habían sufrido mucho con la reciente erupción del volcán Tajogaite y no sabían como iban a recibirlos. Quedaron muy sorprendidos y encantados de comprobar que los habitantes de la isla habían recuperado



la sonrisa y así lo transmitían a todos los visitantes que llegaban. Con esa alegría que le contagiaron los habitantes de la isla, comenzaron su andadura recorriendo lugares maravillosos, visitaron la capital de la isla, Santa Cruz de La Palma y quedaron fascinados con los balcones llenos de flores y esas casas tan coloridas, prometieron que volverían cuando fuese la Bajada de la Virgen de las Nieves, esa magia de los enanos tenían que verla, pensó toda la familia. Al día siguiente, después de haber recuperado fuerzas comiendo alimentos ricos típicos de la isla como el gopio, el bienmesabe, un quesito asado, panito con chorizo y un singín de cosas sabrosas, pusieron rumbo a La Caldera de Taburiente. ¡Que verde y bonito es todo!, pensaba Andrés, ¡no quiero irme nunca de aquí!. Al salir del parque Nacional era un buen momento para pasear por Tzacorte y comerse un heladito, porque no hay mejor puesta de sol que la que vieron en el puerto. Tenían que energía y las lapas y las morenas gritas recargaron las pilas de la familia de Andrés. A la mañana siguiente pensaron que querían seguir viendo más verde, más pinos... El Refugio del Pilar, La Cumbrecita, Los Tilos, El Cubo de La Galga... tenían infinidad de sitios donde elegir, que maravilla la naturaleza,

estaban todos encantados.

Enamorados de todo lo verde, los siguientes días pensaron que era buen momento para visitar todos aquellos lugares donde el olor a salitre era muy intenso, necesitaban un buen bañito en el mar. No se ponían de acuerdo... La Salemera, Fuencaliente y sus muchas playas, El Charco Verde, quizás El Remo, o una ruta a El Porís de Tijarafe o de Garafía... que difícil era elegir en esta isla. Tenían un plan B si el mar estaba malo siempre podrían ir a las piscinas naturales de La Fajana o El Charco Azul... que infinidad de opciones, que suerte tienen los habitantes de La Palma, se repetían sin parar.

Pasaron unos días fantásticos, no querían volver a su rutina, no querían dejar de ver el mar... compraron toda la gastronomía que pudieron para llevar a su casa y compartir con sus amigos y familiares.

Andrés hizo buenos amigos, que eran vecinos de la casa rural donde se estaban quedando, jugaban al atardecer cuando llegaban de visitar la isla. Le propuso a su nuevo amigo que lo fuera a visitar a Madrid, así que



intercambiaron sus direcciones y número de teléfono para seguir en contacto. Que pena sentían de dejar atrás todas las vivencias... pero ¿no se puede vivir eternamente de vacaciones así?

De repente, Andrés se despertó en su casa, en su habitación... ¡no puede ser! Lo había soñado todo... ¿esa isla maravillosa llamada La Palma no existía? ¿Nunca había estado en ella? Millones de preguntas le asaltaban. Corrió hacia la habitación de sus padres... y en una estantería del pasillo vio una figurita de un enano de La Palma, respiró aliviado, si había visitado la isla, los sentimientos vividos fueron reales, que feliz volvió a ser. Los días siguientes, cada vez que caminaba por el pasillo y veía el enano, volvía a revivir los buenos momentos. Andrés siempre decía... si esta isla no existiera, habría que inventarla porque La Palma nos hace sentir como en casa.

3ºA CEIP ADANANCASTIS

